

CUATRO CRIMINALES APOSTADOS EN UNA ESQUINA DE LA CALLE DE LA PRINCESA LANZAN DOS PETARDOS Y VARIOS DISPAROS CONTRA EL COCHE EN QUE IBA EL MARQUES DE ESTELLA

El Sr. Primo de Rivera desciende del automóvil y persigue personalmente a los agresores. Detalles del atentado. Ambiente de una interviú

No porque quede, afortunadamente, en grado de frustración es menos vil y alevoso el atentado de que ayer fué blanco D. José Antonio Primo de Rivera. Una vez más los pistoleros del extremismo se adueñan de la calle para perpetrar un crimen, cuyo intento acusa la preparación característica de tales hechos para actuar con impunidad. Y hasta cuándo va a ser posible esto...? No pretendemos, naturalmente, que en cada esquina haya un guardia o un agente de Vigilancia. Pero es indiscutible que hace falta un servicio extraordinario permanente y extenso, mejor cuanto más disimulado, que en un instante preciso, con medios suficientes, pueda salvar rápidamente distancias y perseguir con eficacia. Es preciso que se acabe la impunidad. Y es también preciso que una extrema severidad en las sentencias coadyuve a poner dique a esos instintos malvados.

Cómo se produjo el atentado

La persecución de los criminales. Intenso tiroteo

En la Cárcel Modelo se celebró ayer mañana la vista de una causa ante el Tribunal de Urgencia contra el conocido sindicalista García Guerra, acusado de intervenir directamente en el asesinato de un estudiante de quince años que cayó muerto a tiros hace pocas semanas en la calle de Augusto Figueroa. Sostenía la acusación privada el Sr. Primo de Rivera y defendía al procesado el Sr. Sánchez Roca, abogado de la C. N. T. Parece ser que la prueba resultó favorable al acusado, por cuya causa el fiscal retiró la acusación, que fué sostenida, sin embargo, por el Sr. Primo de Rivera. El acto de la vista terminó próximamente a las tres de la tarde, con la absolución dada por el Tribunal al procesado.

El marqués de Estella abandonó entonces el edificio de la Cárcel, y, acompañado de varios amigos suyos, montó en su automóvil, dirigiéndose por la calle de la Princesa, cuando al llegar a la esquina de la de Benito Gutiérrez, cuatro individuos, al parecer de filiación sindicalista, que estaban allí apostados, arrojaron dos petardos contra el automóvil. Uno no hizo explosión, pero sí el otro, y a consecuencia de ella sufrió el vehículo algunos desperfectos. Simultáneamente casi, se oyeron tres disparos de pistola, cuyos impactos se aprecian también en la parte trasera del automóvil.

Como en el coche, que conducía el señor Primo de Rivera, iban también su secretario, Sr. Cuerda; su pasante, Sr. Sarrión, y otros letrados, no fué posible a los agredidos descender con la rapidez necesaria para repeler el criminal atentado. No obstante esta dificultad, el Sr. Primo de Rivera paró en el acto el vehículo y, empujando una pistola, se lanzó, en unión de sus amigos y de numeroso público que le seguía, por la

calle de Altamirano en persecución de unos individuos a los que creyó autores de la agresión. Y como unos transeúntes le indicasen que en determinada casa parecían haberse refugiado unos sospechosos, acordó el edificio y practicó un registro, que no dió el resultado que se esperaba.

Por su parte, otro numeroso grupo que momentos antes había rodeado al Sr. Primo de Rivera salió en persecución de los extremistas por la calle de Benito Gutiérrez y después por la del Tutor, cruzándose algunos disparos entre uno y otro bando.

En el momento de ocurrir la explosión y oírse los primeros disparos, un guardia de Seguridad que prestaba servicio por aquellos alrededores subió a un "taxi", con ánimo de perseguir a los autores del hecho. En previsión, montó la pistola, pero ésta se le disparó, rompiendo el parabrisas del vehículo.

El tiroteo produjo gran alarma, y los extremistas, aprovechándose de la confusión, lograron desaparecer. Afortunadamente, ni la criminal agresión contra el Sr. Primo de Rivera, ni los disparos que luego se cruzaron entre perseguidores y perseguidos, causaron víctimas. Sólo hubo que lamentar algunos violentos golpes que se propinaron los jóvenes de encontradas tendencias que acudieron al lugar del suceso, y entre los que impuso la paz la fuerza de Asalto que acudió de la Comisaría.

Un afiliado a la C. N. T., detenido

Durante el revuelo que suscitó el suceso, el agente de Vigilancia D. Julián César Barradan detuvo a un individuo llamado Manuel González Blanco, de treinta y cuatro años, huelguista metalúrgico, que vive en la calle de Francisco Silvela, número 49. Este individuo fué conducido a la Comisaría del distrito de Palacio, donde prestó declaración y se averiguó que se trata de un afiliado a la C. N. T. Según manifiesta el agente de Vigilancia que lo detuvo, Manuel González Blanco hubo de dirigirse a otros individuos que corrían huyendo del lugar del suceso, diciéndoles que no le hicieran y que disimularan su actitud entre el público. No obstante esto, los citados individuos lograron desaparecer, mientras Manuel González caía en poder del agente Sr. Barradan. El detenido fué luego conducido a la Dirección general de Seguridad, donde se dispuso su traslado al Juzgado de guardia con el atestado correspondiente.

La noticia del atentado produce en Cádiz gran indignación

Cádiz 10, 11 noche. La noticia del atentado contra el diputado de esta provincia D. José Antonio Primo de Rivera, ha producido gran indignación. Se le han dirigido muchos telegramas felicitándole por haber salido ileso del vergonzoso y ruin atentado.

Con José Antonio Primo de Rivera

Ambiente de una interviú

Pienso, al cruzar entre una doble fila de extendidos brazos—palmeras—de una voluntad en vaticinio de Imperio—que tal vez sea la interviú el subgénero literario que peor vaya con lo que entiendo debe ser el estilo fascista. Y esto por lo que la interviú tiene de realismo retórico y de pobre en cuanto no suele ser mucho más que el resultado triste de la necesidad puesta al servicio de las vanidades.

Considerándome, pues, alejado de este concepto por la excepción que abordo, y relevado de servir detalles de una información general para la que escribo estas líneas con intención de prólogo, ataco a la bayoneta del minuto, precisa y militarmente, esta elegancia energética de D. José Antonio Primo de Rivera, jefe supremo de Falange Española.

Le encuentro, dos horas después del atentado, en casa de Julio Ruiz de Alda, con Rafael Sánchez Mazas. La Trinidad oficial de un credo. En la misma habitación, como en uno de aquellos cuadros de muchas figuras, muy del gusto ochocentista, una sociedad juvenil formada, alrededor de la anécdota de hoy, por el concepto y no por anécdota. Cruza de un lado a otro—lebrél—alfil dirían los Eugenio—de sí mismo—José María Alfaro, y el fiel de dos marqueses de Estella, Gómez, cuenta "cómo ha sido" mientras Cuerda, Sarrión, pasantes y auxiliares valiosísimos del despacho de José Antonio Primo de Rivera, acuden al teléfono, tranquilizan y dan órdenes a los que esperan en el otro despacho, porque la casa de Ruiz de Alda, como ocurría con aquellas floridas cortes errantes del rey barbado y sin corona, es en este momento cuartel general.

Nos encerramos en una habitación Primo de Rivera y yo. El, en una actitud defensiva que para ciertos ataques le observo peculiar. Hay en José Antonio Primo de Rivera una especie de complejo, de malicia literaria difícil de explicar. Sabe bien, sin duda, que si un acento poético salva, en exceso o defecto literario, pierde, dispersa y aleja de su destino a la voluntad. Esta, por otra parte, en esa situación que sólo un jefe fascista ibero puede y debe comprender como difícil. En Alemania y en Italia mismo, no hay problema de suspicacias para lo que es un aliento dramático y alegre a la vez de la revolución nacional. En España toda política—y ésta es una política, la más política de todas, puesto que está en oposición con el concepto historicista español de la "cosa política"—puede fracasar por imponderables sutiles que en Primo de Rivera pesan más que en nadie. La situación de este joven caudillo es una antología de dificultades. Si se muestra prudente y hermético se dirá de él: "¡Este hombre se cree ya Mussolini!". Si habla sencillamente, pero habla respondiendo a todo lo que se le pregunte, dirán: "¡Está descando colocarse en un primer plano para hacer su carrera!". Si responde con prudencia, la chulería innata exclama: "¡El miedo es libre!". Y, por el contrario, su valentía serena ante el peligro encontrará este eco inevitable:

"Ya está, haciendo el jaque y perdonándonos la vida!" Decididamente hay hombres que han nacido para actuar sin decir una sola palabra. Y éste es uno de ellos.

Entramos en el baño tibio de la interviú por el acreditado procedimiento del cate-